

Por qué escribo y otros ensayos sobre libros

CESAR AUGUSTO LÓPEZ NUÑEZ

Universidad Mayor de San Marcos

clopezn@unmsm.edu.pe

Cinco ensayos breves, precisos y críticos enfocados en el quehacer de la vida libresca, conforman *Por qué escribo y otros ensayos sobre libros* (2025) de George Orwell. Los lectores a quienes en especial se orienta este libro encontrarán sintonía con el libro como objeto y como parte constitutiva de su intimidad, crecimiento y goce.

Y si de goce escribimos, el mismo Orwell concuerda con nosotros. Para él, una cantidad cercana al diez por ciento de lectores podría reconocer un libro que valga la pena de otros que no (p. 10). Quizá, en Perú, se podría reducir esa cantidad, pero no nos prestaremos a la queja fácil, sino a la constatación. En todo caso, la paradoja es que el noventa por ciento de personas que sostendría a la industria del libro sabe muy poco de los objetos que esta produce. Incluso Orwell tiene una doble tipificación de esa “plaga” (p. 22) como la llama. Nosotros nunca trabajamos de librerías, es verdad, como el autor de los ensayos, pero bien hemos escuchado testimonios de amigos y conocidos que se acercan a lo que se nos presenta en el primer texto del conjunto. Confesiones más, confesiones menos, un librero debe, incluso, mentir (p. 28). Quizá esta sumatoria de hechos adversos nos permita entender que puede haber libreros cansados de su oficio, tal como reconoce el autor de *Rebelión en la granja* (p. 29).

Por otro lado, y fiel a su tradición, Orwell toma de Chesterton el calificativo de los “buenos malos libros”, esos que no pertenecen al orden de los escritores refinados (p. 34), sino al de aquellos que sobreviven en el gusto y en la memoria de la gente, de esos que permanecen, se repiten, se releen, pero que no cuentan con la calidad estética que podría estar mejor expresada por el artista sincero. Sin embargo, no hay respuesta para la pervivencia de estas obras frente a autores de talla. Nos enfrentamos a un misterio



Por qué escribo y otros ensayos sobre libros

George Orwell

Traducción de Katherine Pajuelo Lara

J. M. Marthans,

Lima, 2025, 67 pp.

(p. 37), en ese sentido, puesto que no existen pruebas fehacientes para descalificarlos, a pesar de que pueda haber uno que otro argumento sólido. Se nos viene a la mente cualquiera de los tantos artículos que despotrican contra Paulo Coelho, por ejemplo, pero quién puede asegurar que no seguirá siendo leído por encima de titanes de la literatura brasileña como Guimarães Rosa. Simplemente queda agregar que el refinamiento no solo tiene que ver con el escritor, con el artista, sino con los lectores que no siempre son ideales, como se esperaba, a decir de Umberto Eco.

En el corazón del libro, Orwell nos contará sus motivaciones para escribir, sus comienzos en la literatura (creemos que casi todos son iguales) y nos deja cuatro premisas que convierten a una persona en creadora de narraciones. No concordamos con una de ellas, la tercera —el impulso histórico de procurar la verdad para el

futuro—, pero, eso sí, la cuestión política se nos devela como un principio creativo que impulsó la producción del autor de *1984*. Curiosamente este ensayo se escribió nueve años antes de publicarse el libro citado y creemos que lo anticiparía e iluminaría, puesto que la experimentación estética (p. 49) llega a su culmen en la crítica sobre la organización política que experimentamos en nuestro siglo. Pero más sincero aún, Orwell nos cuenta que “escribir un libro es una lucha horrible y desgastante, como el largo sufrimiento de una enfermedad dolorosa” (p. 51).

Esto no significa que los libros sean menos importantes en la vida. En el penúltimo ensayo se nos plantea una verdad que conocemos los amantes de los libros, pero que, tal vez, pocas veces insistimos en afirmar: la inversión en libros siempre será menor que en cigarrillos, licores, apuestas, entre otros gastos “cotidianos” (p. 60). ¿A quién le cabe duda de que en la selección de *Por qué escribo...* nos encontramos ante una sincera reflexión que no quiere ser ceremoniosa? Evidentemente, a quien no ha leído el texto. Sin embargo, nuestra pregunta se formula en tanto que en estos ensayos no se encontrarán lugares rebuscados ni piruetas. Por el contrario, estamos ante la profundidad de lo simple.

En otro ensayo se ofrece una defensa y cuestionamiento a los reseñadores de libros: “La gran mayoría de reseñas informan de manera inadecuada o engañosa sobre el libro que trata” (p. 65), dice Orwell. Hasta ahora no creemos haber engañado a nadie, menos a quienes lean este texto, pero claro que se puede discrepar, siempre después de que se haya leído *Por qué escribo...* y, así, haber respondido positivamente a esta recomendación. Al fin y al cabo, dudar de los reseñadores es uno de los más sanos ejercicios para cualquier lector que se precie de serlo.